

blica Española, a los cuales censuró en la conferencia que diera en el Real Cinema, llamado entonces de la Opera, a la cual asistí.

A mayor abundamiento, le escuché luego, en sus últimos años, desentendido de lo político, hablando de España y de Europa, del pensamiento y del hombre, de arte y de literatura, del suceso del día y del vivir cotidiano, de lo grande y de lo pequeño, con total olvido de las cosas políticas.

Cuando a María Luisa Caturra le entregaron el nombramiento de Hija Adoptiva de Llerena, dio en su domicilio una fiesta a la que asistió don José y a la que yo estaba invitado y no pude asistir por encontrarme ausente de Madrid. Cuando más tarde vi a Ortega y me lamenté de no haber estado en la fiesta, él me dijo, en tono de broma, aludiendo a las tradicionales hazañas de fuerza de García de Paredes:

—Hay que hacer como su biografiado: arrancar las rejas que estorban al amor y tomar en los brazos la pila de agua bendita, para que no se moleste la madre en ir hasta ella. Usted tenía que haber hecho todo, para no faltar a la reunión de María Luisa.

Yo pensé que también en este comentario, como en aquel otro en el que me habló de una figura universal, había algo que directamente le afectaba. Ortega, titán de la inteligencia, había arrancado rejas de estrechez y removido piedras de errores, para dar más anchura y firmeza al vuelo del pensamiento.

No mucho más tarde, el 18 de Octubre de 1955, moría en Madrid don José Ortega y Gasset, Su muerte tuvo proporciones de duelo nacional, con ecos en el mundo entero. La bandera ondeó a media asta en el Ateneo madrileño y no hubo clases en la Universidad. Todo era lógico, ante la desaparición de uno de los más grandes pensadores que ha tenido España; de uno de los hombres que más honda huella han dejado en el pensamiento humano.

Cuando supe su fallecimiento, lo único que se me ocurrió fue coger mi libro sobre García de Paredes. Era el vínculo más entrañable que me unió con el maestro. Estaba orgulloso de que aquellas modestas páginas escritas por mí, las hubiese leído él. Al releer yo, tenía la sensación de que Paredes, el heroico y forzado paladín, me devolvía, agradecido, aquel juicio, para que yo se lo ofreciese como postrer tributo al maestro, proclamando que Ortega era, auténticamente, una figura universal...

Barajas de la Sierra (Ávila)

A José Canal

La noche en este pueblo castellano
es el largo silencio de la piedra.
Una calle que lleva su pasado
de muro en muro por la estrecha cuesta.

Pregúntase el viajero por las casas
de patios enlosados y macetas;
por una luz que vela una ventana;
por una flor que asoma de una grieta.

El viajero no sabe sino sombras,
las pátinas de siglos que se impregnan
en los muros del pueblo; y pasa y toca
esas manchas del tiempo de la ausencia.

Van los recuerdos por la calle arriba
y está la vida oculta tras las puertas
o sólo son fantasmas los que habitan
en el largo silencio de la piedra.

Nada más que silencio. Y aún la noche
que duerme soledades mientras queda
el viajero perdido como un hombre
triste de lejanías y de estrellas.

Hugo Emilio PEDEMONTE